

ZAPATOS

Comenzó a mirar hacia abajo para escapar de las sonrisas y las miradas que no decían nada, absolutamente nada. A menudo, escapar de algo que no sirve de nada te lleva a otro sitio parecido, sin embargo en este caso Julia encontró una costumbre, casi un vicio secreto y agradable, que la llevaba a un rincón de su mente que era solo suyo: le encantaba mirar los zapatos de las personas, era una forma de obtener información sin que el otro se sintiera observado.

Desde su llegada al centro de acogida, observar los zapatos de los demás le había aportado más información que las bocas que ya no escuchaba.

Aún recordaba los zapatos de la trabajadora social que la llevó al centro, eran negros de punta redonda y tacón cuadrado, la clase de zapatos que no dicen nada pero que son adecuados para cualquier situación. Y así era Teresa, la persona que la rescató del frío y del hambre del piso en que la dejaron sus padres el día en que salieron a por alcohol: olvidaron traer el pan y el salchichón que ella había pedido, pero no se lo tenía en cuenta... porque también se olvidaron de volver.

Podía imaginar a Teresa comprando los zapatos, los cogería porque podía combinarlos con cualquier prenda de vestir y no tendría que pensar en qué zapatos ponerse para cada ocasión. Seguro que haría lo mismo con todos los chicos que recogiese de pisos como el suyo, debía pensar que combinaban perfectamente con el centro de acogida.

Pero Julia no era así, aún no sabía cuál era su tipo de zapatos, pero desde luego, no eran los de Teresa.

No todos los zapatos del personal del centro eran tan aburridos. El segundo día conoció a unos zapatos muy interesantes, eran unas zapatillas de deporte con velcros, algo raro en los zapatos de adulto, tenían la suela gastada de forma desigual. Seguro que se debía a la particular manera de caminar de Juan. De Juan le encantaba algo más que las zapatillas: Él nunca dejaba de sonreír, con una sonrisa de la que caía babilla muy a menudo. Era el encargado de limpiar los pasillos. Aferraba con sus manos rechonchas el mocho, unas manos de dedos regordetes que nunca habían hecho daño a nadie, pero que, seguramente, no serían capaces de atar cordones. Por eso, Juan usaba velcros en sus zapatillas, y así hacía todo en

su vida, lo adaptaba a sus posibilidades convirtiéndose en una persona fiable, transparente, que no pretendía ser lo que no era y que por eso no tropezaría nunca con sus cordones.

Cristina también la cautivó por sus zapatos, unos zapatos de montaña en pleno centro de la ciudad: una inadaptada como ella o, quizás, una superviviente que no seguía las modas ni los consejos de los fabricantes de zapatos. Los zapatos de montaña podían ser muy útiles para cruzar la ciudad en transporte público, para mantener los pies calientes, y para jugar al fútbol en el patio del centro. Los chicos del centro de menores tenían balón de fútbol, pero solo uno, insuficiente para las seis o siete partidas simultáneas, así que utilizaban como balón cualquier objeto, un envase de Actimel, una bola de papel aluminio... Los zapatos de montaña podían ser el complemento perfecto para estos partidos. Quizá Cristina no era una inadaptada, si no todo lo contrario.

Por eso se convirtió en su segunda persona favorita del centro. La primera era Clara. A Clara le debieron poner el nombre a mala idea porque Clara no era clara ¿Qué clase de padres llaman Clara a una niña mulata? Probablemente unos padres que también se olvidaban de traer el pan y, por eso, Clara acabó también en el centro de acogida junto a otros bebés, ninguno tan especial como ella.

Clara desafió desde su nacimiento todas las leyes de la genética siendo pelirroja. Sus zapatitos rosas decían todo de ella: estaban desgastados por todos los sitios imaginables porque Clara no se limitaba a gatear desgastando la punta como los otros bebés, ella reptaba, se revolcaba en el suelo como una croquetita traviesa, escalaba los muebles... Se movía tanto que, de haber sido pecosa como el resto de los pelirrojos, ninguna peca hubiera estado mucho tiempo en su sitio.

En cuanto podía, Julia se ocupaba de ella, y las cuidadoras agotadas le cedían su cuidado con mucho gusto.

Las cuidadoras llevaban siempre zuecos blancos. Un día le dijeron que era por higiene para no contaminar el suelo por el que gateaban los bebés con gérmenes de la calle. Pero Julia no las creyó, ella sabía la verdad. Los zuecos blancos que se ponían cada día era parte de su uniforme, de su escudo... no servían para no meter suciedad de la calle, sino para no llevar sentimientos a sus casas: cada día, al terminar su trabajo, dejaban su zuecos blancos en las

taquillas y no se llevaban con ellas los besos, los abrazos y los gorgojeos de los bebés como Clara a sus casas.

Definitivamente, Julia no se pondría nunca zuecos blancos, ni zapatos negros, tampoco se podía poner los zapatos de montaña de Cristina, esos eran solo de ella, ni las zapatillas de velcro de Juan (su adaptación era también solo suya), ni, obviamente, los zapatitos desgastados de Clara. Pero ¿cuáles serían sus zapatos? Envidiaba a los niños de Masaka kids que veía en Youtube: ellos bailaban como nadie sin zapatos, no necesitaban adaptarse a nada, vivían y bailaban en su medio sin haberse preocupado nunca de encontrar unos zapatos a su medida.

Julia sabía que estaba en un momento de cambio: tenía que deshacerse de sus botas militares, le hacían daño, le estaban pequeñas porque había crecido. En el piso eran su mejor aliado para pisar cucarachas y para dar una patada en su antiguo instituto si alguien se metía con ella. Pero en el centro de acogida no las necesitaba y, además, ya no le servían. Ella había cambiado, había crecido y necesitaba otros zapatos.

Cristina lo sabía y se había ofrecido a acompañarla al centro comercial para que se comprase unos zapatos a su gusto. ¿Cómo le iba a explicar que no sabía qué zapatos necesitaba, que no podía equivocarse? ¡Era muy importante!

Sintió unos golpes en la puerta: era Cristina que traía a Clara en brazos. En cuanto entraron, Clara bajó al suelo para explorar la habitación. Clara será una gran exploradora. “Nos la podemos llevar. Creo que Clara necesita salir un poquito de aquí... y tú también” dijo Cristina.

Las tres chicas salieron del centro de acogida. Cristina caminaba con sus zapatos de montaña por la acera, Clara iba en sus brazos para que no tuvieran que salir corriendo detrás de sus zapatitos rosas y Julia, con unas botas que ya no eran las suyas y que le hacían daño, pero que sin embargo no se atrevía a cambiar.

Este año se llevaban las deportivas con animal print, eso reducía el abanico de posibilidades. Ni loca se pondría unas zapatillas color oro con estampado de guepardo ¿En qué pensaban los diseñadores de moda? ¿Quién se pondría eso? Por lo que veía mientras caminaba por el centro comercial más gente de la que se pudiera esperar. ¿Serían personas que nunca se fijan

en los zapatos? ¿Tantas? ¿De verdad había tanta gente que aún se fiaba de las bocas, las sonrisas y las palabras?

No encontraba nada, Julia no veía sus zapatos. A lo mejor debería coger unos zapatos de montaña, como Cristina. Si tuviera que parecerse a alguien, mejor a ella que al millón de adolescentes con zapatillas doradas de estampados de leopardo o culebra.

Pero entonces las vio: estaban entre las manos regordetas de Clara, ya un poco baboseadillas. Eran unas zapatillas deportivas con cordones, cómodas y grises, ni blancas ni negras, tenían las suelas gruesas y rugosas para no tropezarse y tenían rayas naranjas como los ricitos de Clara. No tenían estampados, ni marcas. Entonces Cristina le dijo algo que le quitó un gran peso de encima.

“No son unos zapatos para toda la vida, podrás cambiar de zapatos siempre que quieras”

Y era verdad, Cristina tenía razón: Julia podrá ser la persona que quiera y podrá llevar la vida que desee. Su vida estará en sus manos, no en sus pies.

Alegoría